ΣΟΦΊΑ

REVISTA TEOSÓFICA

SATYAT NÂSTI PÂRO DHARMAH

NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD

La Sociedad Teosófica no es responsable de las opiniones emitidas en los artículos de esta Revista siéndolo de cada artículo el firmante, y de los no firmados la Dirección.

LA CALDEA ANTIGUA

(CONTINUACIÓN)

Como ya he dicho, en las principales festividades de cualquiera de estos planetas, sus devotos se presentaban vestidos de gala, y marchaban en procesión á su templo, ataviados con guirnaldas de flores, llevando banderas y báculos dorados, y llenando el aire de sonoros cánticos. Pero la ostentación mayor se desplegaba en una de las grandes fiestas del Dios-Sol cuando la gente se reunía, vistiendo cada uno el vistoso ropaje de su deidad tutelar, y toda la inmensa multitud daba la vuelta solemne alrededor del Templo del Sol. En tales ocasiones los devotos del Sol llenaban hasta rebosar el vasto edificio, al paso que próximo á sus muros marchaban los bandos de Vulcano, siguiéndoles después á distancia los de Mercurio, luego los partidarios de Venus y así sucesivamente, estando representado cada planeta en el orden de su posición respecto del Sol. La masa entera de gente, ordenada de este modo en círculos concéntricos de brillantes colores, marchaba lenta y constantemente alrededor como una rueda colosal viviente, y bajo los efluvios de viva luz que derramaba un sol tropical, formaban el espectáculo más soberbio que quizá se haya visto nunca en el mundo.

A fin de poder dar alguna cuenta de las ceremonias aún más interesantes que se verificaban en tales ocasiones dentro del gran templo del Sol, es necesario, primeramente, que intentemos hacer una descripción de su apa-

riencia y arreglo. Su plan principal era cruciforme, con un vasto espacio circular (cubierto con la cúpula hemisférica), donde se encontraban los brazos de la cruz. Obtendremos una idea más correcta, si en lugar de represeutarnos la iglesia cruciforme ordinaria con la nave, presbiterio y crucero, nos ideamos una gran cámara circular con cúpula como el salón de lectura del Museo Británico, y luego nos imaginamos cuatro enormes naves, partiendo de ella hacia los cuatro puntos cardinales; pues todos los brazos de la cruz eran de igual tamaño. Una vez que nos hayamos fijado bien en esta figura, debemos añadir otras cuatro grandes extensiones entre los brazos de la cruz que conducían á vastas salas, cuyas paredes se encorvaban, encontrándose á los extremos, de suerte que daban al suelo la forma de una inmensa hoja del pétalo de una flor. En resumen: el plan fundamental del templo podría describirse como una cruz de brazos iguales tendida sobre una sencilla flor de cuatro pétalos, de modo que los brazos yacían entre los pétalos.

Así, pues, un hombre que se hallase en el centro bajo la cúpula, vería largas perspectivas extendiéndose ante él en todas direcciones. Toda la construcción estaba cuidadosamente orientada, de suerte que los brazos de la cruz se dirigían exactamente á los puntos cardinales. El extremo Sur permanecía abierto y constituía la entrada principal en frente del gran altar que ocupaba el extremo del brazo Norte. Los brazos del Este y Oeste contenían altares también, de enormes dimensiones desde nuestro punto de vista, aunque mucho más pequeños que el principal de ellos en el extremo Norte.

Los altares del Este y Oeste parece que tenían el mismo objeto que los dedicados á la Virgen y á San José en una catedral católica, pues uno de ellos estaba consagrado al Sol y otro á la Luna, y algunos de los servicios diarios regulares relacionados con estos dos luminares, se celebraban en ellos. Alrededor del gran altar del Norte, sin embargo, era donde se reunían las mayores multitudes, donde se celebraban las ceremonias más grandiosas, y su disposición y accesorios eran muy curiosos é interesantes.

En la pared, detrás de este altar, en el lugar ocupado por la «ventana de Oriente» en una iglesia ordinaria (excepto, por supuesto, de que allí era Norte), estaba colgado un espejo cóncavo inmenso, mucho más grande que ninguno de los que hasta entonces habíamos visto. Era de metal, muy probablemente de plata, y estaba pulimentado hasta el punto más posible. A la verdad, observamos que el cuidarlo, el conservarlo brillante y libre

hasta del menor polvo, era considerado como un deber religioso de los más estrictos. De qué modo este colosal reflector había sido tan perfectamente cortado, de qué manera se evitaba que su propio enorme peso no lo hubiese torcido, son problemas que serían de difícil solución para nuestros artífices modernos, pero que parecían haber sido resueltos con éxito por aquellos hombres de la antigüedad remota.

A lo largo del centro del techo de este enorme brazo del Norte de la cruz, corría una estrecha hendidura abierta al cielo, de suerte que la luz de cualquier estrella que se encontrase exactamente en el meridiano, lanzaba sus rayos directamente dentro del templo y caían sobre el gran espejo. Ahora bien: es propiedad bien conocida del espejo cóncavo, la de que forma en el aire, en frente de él, en su foco, una imagen de lo que en él se refleja, y este principio fué empleado muy hábilmente por los sacerdotes, á fin, según ellos mismos hubiesen quizá explicado, de recoger y aplicar la influencia de cada planeta en el momento de su mayor poder. Un pedestal que sostenía un brasero estaba fijo en el suelo justamente debajo del foco del espejo, y en el momento en que un planeta se acercaba al meridiano y empezaba á brillar á través de la hendidura del techo, se arrojaba cierta cantidad de incienso sobre los encendidos carbones. Una columna de humo ligeramente gris ascendía enseguida, y en medio de ella brillaba la imagen viviente de la estrella. Entonces los fieles humillaban la cabeza y resonaba el canto gozoso de los sacerdotes; en una palabra, esta ceremonia nos hacía recordar de algún modo la de la hostia en una iglesia católica.

Cuando era necesario entraba en acción otra maquinaria; por medio de redales hacían descender del techo un espejo plano circular, de suerte que ocupase exactamente el foco del gran espejo. El espejo plano, por supuesto, recogía la imagen reflejada del planeta, y por medio de movimientos apropiados, lanzaba la luz concentrada que recibía del espejo cóncavo sobre determinados sitios del suelo del templo. En estos sitios eran colocados los enfermos, para quienes se consideraba beneficiosa aquella influencia particular, mientras que el sacerdote rogaba que el espíritu planetario derramase salud y fuerza sobre ellos; y era indudable que con frecuencia quedaban curados, aunque puede muy bien ser que la fe entrase por mucho en la consecución de este resultado.

El encender algunos fuegos sagrados cuando el Sol mismo cruzaba el meridiano, se verificaba por medio del mismo mecanismo, aunque una de

las ceremonias más interesantes de esta clase se ejecutaba siempre en el altar de Occidente. En este altar ardía siempre lo que llamaban el «fuego sagrado de la Luna,» el cual dejaban extinguir una vez al año en la noche antes del equinoccio de primavera. A la mañana siguiente los rayos del sol, pasando á través de un orificio situado sobre el altar de Oriente, caían directamente sobre el de Occidente, y por medio de un globo de cristal lleno de agua, suspendido en su camino y que actuaba como una lente, el Sol mismo volvía á encender el fuego sagrado de la Luna, el cual era en lo sucesivo cuidadosamente atendido hasta el año siguiente.

La superficie interna de la gran cúpula estaba pintada representando el firmamento de noche, y por medio de un complicado mecanismo, las constelaciones principales se movían exactamente como las verdaderas estrellas se movían fuera; de suerte que, á cualquiera hora del día ó en una noche nublada, un devoto podía siempre ver en el templo la posición exacta de cualquiera de los signos del Zodiaco y de los diversos planetas con relación á aquellos. Los planetas estaban representados por cuerpos luminosos, y parece que en los primeros tiempos de esta religión, precisamente como en los primeros tiempos de los Misterios, estos cuerpos eran verdaderas materializaciones, traídas á la existencia por los Adeptos instructores, y que se movían libremente en el aire; pero en ambos casos, más tarde, cuando hombres menos evolucionados ocuparon el lugar de estos seres elevados, se vió que era muy difícil é imposible hacer que las materializaciones actuasen con propiedad, y así fueron reemplazadas por ingeniosos aparatos mecánicos (una especie de planetario en escala gigantesca). El exterior de esta enorme cúpula era dorado, ó quizá revestido de planchas delgadas de oro, pues parece que este metal no dejaba de abundar; y era digno de notarse el efecto peculiar abigarrado que se producía en la superficie, que evidentemente tenía por objeto representar lo que se llama las «hojas de sauce» ó «granos de arroz» del Sol.

Otro rasgo muy interesante de este templo era un sótano ó cripta reservada al uso exclusivo de los sacerdotes, aparentemente destinada á la meditación y desarrollo propio. La única luz que allí había penetraba á través de gruesas planchas de una substancia semejante al cristal, de varios colores, colocadas en el suelo del templo, pero se habían arreglado de modo que se pudiesen reflejar por su medio los rayos del sol, cuando lo creían necesario, y el sacerdote que practicaba su yoga dejaba que esta luz reflejada se proyectase sobre varios centros de su cuerpo, algunas ve-

ces sobre el *chakram* entre los ojos, otras veces sobre la base de la espina, y así sucesivamente. Esto parece que ayudaba al desarrollo de la facultad de adivinación, de la clarividencia y de la intuición; y era evidente que el color particular de la luz que se empleaba dependía, no sólo del objeto que se buscaba, sino del planeta ó clase á que pertenecía el sacerdote. También se observó que el thyrsus, ó sea la varilla hueca con fuego eléctrico ó vital era usado aquí justamente como lo fué en los Misterios Griegos.

(Se continuará.) C. W. LEADBEATER.

CRISÓSTOMO

(Diálogo Platónico).

PERSONAJES DEL DIÁLOGO

Agathon, narrador del diálogo á Delios, Crisóstomo, Gorgias, Basilios.
Escena: la casa de Crisóstomo, en una avenida del Jardín público, al Noroeste de Atenas.
Lugar del relato: el Gimnasio al Sur de Atenas.

Delios. —¿Te acuerdas, Agathon, que la última vez que nos vimos hablamos de un método para emplear de tal modo el tiempo del sueño que no resulte infructuoso? Te rogué que si veías á Crisóstomo le pidieses que te comunicase lo que buenamente quisiese decir sobre el asunto. ¿Has visto al filósofo?

Agathon.—He visto al filósofo, Delios, y he recibido sus instrucciones.

Delios. —Entonces, mientras descansamos de los ejercicios, deseo que me comuniques, lo más exactamente que puedas, lo que has oído; pues las palabras del sabio no deben en modo alguno ocultarse, sino más bien darles la mayor publicidad.

Agathon. —Comenzaré por el principio y trataré de repetir toda la conversación.

Delios. —Pero primero, dime, Agathon, ¿dónde has visto al filósofo y cómo le has planteado la cuestión?

Agathon. —Tenía que ir á casa de Crisóstomo para un asunto relacionado con mi cargo que, como sabes, se refiere á ciertos libros; y así que hube terminado con ese asunto, entré en una habitación interior, porque me dijeron que Crisóstomo vendría pronto. Efectivamente, vino en segui-

da, y habiéndole dicho alguien que yo deseaba hablar con él, después de habernos saludado, él mismo me preguntó lo que deseaba saber. Entonces le dije: — Me han dicho, Crisóstomo, que entre los misterios que no rehusas comunicar á los que buscan la sabiduría, hay una enseñanza que explica lo que sucede al alma cuando el cuerpo está sumido en el sueño. Ahora bien; yo no creo que los Dioses quieran que una parte tan grande de la vida del hombre sea inútil, sumergiéndose su alma tanto tiempo en el olvido. Si, por tanto, hubiese un método para emplear esas horas de sueño y no fuese la pregunta indebida, te ruego que me instruyas en ello; y además cierto amigo mío desea también saberlo.

— Hay un método — dijo Crisóstomo — y no es un misterio tan grande. Pero dime por qué deseas saberlo: ¿es por curiosidad ó por alguna otra razón?

— Hay algunos, Crisóstomo — repliqué yo — á quienes deseo de todo corazón auxiliar, y puesto que mientras estoy despierto poco puedo servirles, me alegraría encontrar los medios de hacerlo en otras circunstancias.

— Tienes razón — dijo; — no puedes tener ningún motivo mejor. Pero en cuanto á aquellos que quieren averiguar estas cosas sólo por curiosidad, ó bien para imponerse á sus enemigos, no está bien ayudarles á perjudicar á los demás y á sí mismos. Has oido—continuó—que además de esta vestimenta exterior del alma, que ves y tocas, tiene varias otras internas.

— He oido — repliqué — que al alma la rodean varios cuerpos, asi como las capas de una cebolla cubren el corazón de la misma, de manera que el alma está envuelta en una sucesión de vestiduras.

— Di más bien que el alma envuelve muchos cuerpos; pero no me complacen estos símiles de mal gusto—dijo Crisóstomo sonriendo.—Por otra parte, tu ejemplo no es exacto, porque los «vestidos» del alma no están por capas, uno sobre otro, sino que el más sutil penetra al más denso. Ahora bien; donde la conciencia del hombre esté más activa, allí estará despierto, pero respecto de otras cosas y estados puede decirse que duerme. ¿Estás conforme con esto?

— Lo estoy.

— Sabe, pues, Agathon, que el dormirse no es más que la conciencia del hombre que abandona su vehículo más denso, haciéndose activa en otro más sutil. Pero como los hombres ordinarios no saben ni siquiera

cómo usar del vehículo que sigue en densidad á este externo, ni cómo habitar la esfera que sigue á ésta (porque la mayor parte están entregados á fines triviales y necios), no son activamente conscientes en su vehículo más sutil, sino que permanecen sin apercibir el mundo que les rodea, como si durmiesen. Sin embargo, no tanto que les impida ir donde deseen, y en cierto modo hacer lo que quieran, si esto lo quieren firmemente; pues pueden despertarse para lo que deseen.

—¿Es, pues, tan poderoso el deseo?

—Cuando se transforma en voluntad; pues la voluntad es el secreto de todo poder. El que sepa cómo tener voluntad, así cómo no tenerla, se ha convertido en un Dios.

—Entonces, puesto que lo deseo tanto, ¿puedo prestar auxilio de noche?

—Podrás si usas de tu voluntad.

—Pero creo que no sé usar de mi voluntad, si realmente tengo alguna de que usar.

—Quizá tengas más de la que crees; pero en cuanto á su uso, ¿cómo llevas á efecto algo?

—Por Apolo, Crisóstomo, ni lo sé siquiera.

—Pongamos un ejemplo. Si te ocurre hacer algo, como ir á un sitio dado, ¿cómo procedes? ¿pensando en ello ó no pensando?

—Pensando en ello, por supuesto.

—¿Y de qué modo?

—Primeramente, supongo que pienso en que puedo hacerlo, y luego lo determino con firmeza en mi mente; y habiendo una vez considerado el objeto de mi viaje y tomado mi determinación, me pongo en camino.

—¿Crees que la voluntad es siempre de la misma naturaleza ó que cambia?

—Debe ser siempre de la misma naturaleza.

—¿Entonces su uso será siempre el mismo?

—¿Y cómo no?

—Se deduce, por tanto, que si deseas salir durante tu sueño, sólo tienes que pensar que puedes hacerlo, considerarlo luego con firmeza en tu mente, y tomando tu determinación, te pones en marcha.

—Eso es lo que, en verdad, parece deducirse.

—Y esto mismo, querido amigo, es la verdad. Ya ves que el método no es ni difícil ni misterioso; pues lo que es necesario es sólo fijar con

fuerza la mente en tu objetivo inmediatamente antes que desees marchar.

— ¿Quieres explicarme exactamente de qué modo debo pensar en ello?

— ¿Queda aún algo que explicar? Cuando vayas á dormir, después de ofrecer una libación y de hacer una invocación á Hermes, el conductor de las almas en este camino, ó á cualquier otro Dios que prefieras, primero que nada revístete de un abrigo para protegerte durante el viaje. Emplea, pues, todo tu poder en pensar en aquel á quien deseas llegar y en determinar ayudarle. Sostén este pensamiento en tu mente hasta que te duermas, después de lo cual llegarás velozmente á tu destino.

— ¿Y es esta una proeza que yo mismo puedo ejecutar esta noche, ó es una cosa que se tiene que intentar todas las noches y considerarse afortunado si se puede hacer después de algunos años de práctica?

— Puedes ejecutarla esta noche en un momento.

Así me habló Crisóstomo, asegurando esto positivamente.

Delios. — Esto me parece maravilloso, Agathon, pero no es menos satisfactorio que maravilloso, y seguramente lo intentaré. Pero ¿qué habrá querido decir el filósofo con esa indicación acerca del abrigo? Porque ¿cómo puede un vestido de lana envolver un cuerpo inmaterial?

Agathon. — No quiso con ello, según creo, significar un abrigo de tejido terrestre, así como tampoco por libación el verter vino, sino indudablemente se refirió á un método adoptado por los sabios en estos asuntos, para protegerse contra los demonios; y en lugar de una libación habló de una ofrenda más difícil y más preciada de los Dioses.

Delios. — Comprendo lo que quieres decir; pero continúa, te lo ruego, y dime qué más oiste.

Agathon. — Después de esto pregunté á Crisóstomo si ha de pensarse en la resolución de prestar ayuda precisamente antes de dormirse, á fin de que surta efecto.

— Así tiene que ser — me replicó.

— Entonces, si un hombre omitiese esto, por mucho que en otras ocasiones estuviese determinado á ayudar á su amigo, ¿su voluntad sería infructuosa?

— No sería infructuosa — dijo — por cuanto una determinación de ayudar á otro no queda nunca sin fruto. Pero si no empleas tu voluntad del modo que te he explicado, precisamente antes de dormirte, no te reunirás con tu amigo. Permanecerás en tu vehículo sutil cerca del cuerpo denso, pensando auxiliarle más adelante.

— ¡Apolo me libre — exclamé — de perder semejante tiempo! Y para no hacerte perder el tuyo, Crisóstomo, me marcho ahora, dándote las más sinceras gracias por lo que me has dicho.

— Pero — dijo — ¿deseas preguntarme algo más?

— Muchas cosas — repliqué — pero no quiero importunarte.

— Amigo mío, no me importunas — dijo Crisóstomo. — Sigue preguntando y yo contestaré lo que pueda.

—Dime, pues—dije—si es necesario que un hombre, antes de ir, debe determinar un modo especial de ayudar ó algo que hacer para su amigo.

— No hay necesidad ninguna — replicó.

— Entonces, cuando me reúna con mi amigo, sabré lo mejor que debo hacer por él.

— Mi querido Agathon — dijo Crisóstomo — ¿no calculas que en el vehículo sutil de tu alma puedes ver con mucha más claridad, y comprender mucho mejor lo que sea más conveniente, que cuando estás revestido del denso?

— ¿Y qué clase de servicio puede hacerse?

— Si la mente de tu amigo está turbada y su corazón desgraciado, le llevarás consuelo y paz. Si lo encuentras enfermo ó fatigado, le darás fuerza y salud. Si seres malos le rodean, les obligarás á huir. Muchas son las cosas que puedes hacer.

En este momento oímos voces y pasos en el patio, y fuimos interrumpidos por un esclavo que vino á anunciarnos que la cena estaba preparada.

— Ven — me dijo Crisóstomo — si no desdeñas tan frugal comida; ven á participar de ella, y si deseas hablar más sobre estas cosas, podremos continuar la conversación.

Pasamos, pues, al comedor, y allí encontramos á Gorgias y á Basilios, que habían vuelto de la Palaistra mientras hablábamos.

— ¿Conoces á ambos, no es así, Delios?

DELIOS. — ¿No es Gorgias el que es tan instruído en la sabiduría de los antiguos y que ha escrito muchos tratados admirables sobre los grandes filósofos?

AGATHON. — El mismo, y antiguo compañero de Crisóstomo.

DELIOS. — Y Basilios es un discípulo de Crisóstomo ¿no es eso?

AGATHON. — Sí. Es un joven; sin embargo, más sabio en conocimientos extraños que muchos de sus mayores.

Delios. — ¿Y quién no lo sería con semejante maestro?

Agathon. — Dices bien, Delios. Así, pues, que hube saludado á estas dos personas, nos reclinamos y principiamos á comer.

Delios. — ¿Qué comida es la del filósofo?

Agathon. — Tal como Pitágoras la recomienda; pero yo por mi parte me cuidé muy poco de ello, porque mi boca estaba menos hambrienta que mis oídos; y como estaba reclinado cerca de Crisóstomo, continué preguntándole.

Delios. — ¿Qué más, Agathon, has preguntado?

Agathon. — Le pregunté si no había hombres completamente conscientes en su cuerpo sutil y que en modo alguno soñaban en él.

— Seguramente — replicó.

—¿Cuál es la diferencia —dije— entre estar así por completo despierto, y el poder llegarse á un hombre y ayudarle del modo que me has explicado?

— La diferencia es la siguiente: tal como eres ahora puedes acercarte á tu amigo, y mientras le ayudas, estás por completo despierto. Pero una vez que hayas hecho por él lo que puedas, recaerás en el ensueño y así permanecerás hasta la ocasión siguiente de ayudarle, al paso que si estuvieras por completo despierto después de haber auxiliado á tu amigo, irías á otra persona, y así estarías constantemente ocupado.

— Y para llegar á estar completamente despierto ¿qué más se necesita? — pregunté.

— ¿No has ganado un premio á las carreras, Agathon, en los juegos Pitios? — dijo Crisóstomo.

— Sí — dije — gané el premio hace dos años.

— ¿Y al siguiente año, según oí, intentaste hacerte un competidor en el Pentathlon?

— Sí, Crisóstomo.

— Entonces podrás decirme la diferencia entre la preparación que se requiere para la carrera y la que es necesaria para el Pentathlon.

— Naturalmente, para el Pentathlon es necesaria una práctica mucho más larga y completa, puesto que se exigen diferentes cualidades para los ejercicios adicionales.

— Lo mismo sucede con el asunto acerca del cual preguntas. El que quiera ser por completo consciente en su vehículo sutil, tiene que desarrollar ciertas cualidades necesarias, y para obtener esto se requiere una práctica más estricta.

— ¿Pero desde luego y sin otra práctica puedo ir cerca de mi amigo y ayudarle?

— Así es.

— ¿Y aquellos á quienes auxilio de este modo pueden saberlo?

— Sí pueden.

Sí — dijo Gorgias; — conocí cierta persona que fué á visitar así á un amigo enfermo. Fué visto y reconocido no sólo por su amigo sino por otros que estaban con el enfermo.

Pregunté cómo podía ser esto.

— O bien — dijo Crisóstomo — los que le vieron no usaron para ello los ojos del cuerpo denso, sino una vista más sutil y penetrante, ó bien el hombre mismo, cuando estaba allí, asumió un cuerpo denso visible á la vista ordinaria.

— ¿Cómo — dijo Basilios — si el cuerpo denso se despertase mientras el hombre estaba ausente, se desvanecería el hombre repentinamente de la vista de su amigo?

— Sí — replicó Crisóstomo — tiene que desaparecer en el acto.

— Y sin duda alguna — dijo Gorgias — su amigo llegaría á la conclusión de que todo no había sido más que un sueño.

— Crisóstomo — pregunté yo — ¿encontraría uno muchas cosas malas? ¿No hay enjambres de malos demonios que infestan el aire, y á los que el hombre tiene que hacer frente y subyugar? Aunque cobarde, á la verdad, debe ser el que no hiciera frente á las mismas Eumenidas, con tal de ayudar á su amigo.

— Sin duda — dijo él — existen muchos demonios así; sin embargo, no hay nada que resista á una voluntad determinada. Pero un hombre que no esté por completo despierto en su cuerpo sutil, pasaría por en medio de ellos como si no existiesen y llegaría á su destino sin siquiera percibirlos.

Por aquel entonces había terminado la cena y nos levantamos. Dí las gracias á Crisóstomo con la reverencia debida por su enseñanza, y después de saludar á los presentes, marché á mi casa.

Delios. — Y como los ejercicios han terminado, tenemos que marcharnos; pero puesto que llevamos el mismo camino, Agathon, vámonos juntos á fin de hablar más de esto.

Agathon. — Con mucho gusto, vámonos.

AGATHA LEIGH.

El Idilio del Loto Blanco

(CONTINUACION)

Nos despidió moviendo la mano, y continuó su paseo por la gran avenida; yo, más dispuesto á temblar que antes, seguí sin decir una palabra á mi silencioso guía. Penetramos en el gran pórtico central del templo, cuyos lados los constituían inmensos bloques de piedra en bruto. Algo á manera de temor debió invadir mi entero ser, después de haber sufrido la mirada escudriñadora del santo sacerdote, porque contemplé con un vago sentimiento de terror aquellos bloques enormes.

Una vez dentro, vi que desde el pórtico central arrancaba un pasadizo largo que, en línea recta con la avenida, atravesaba el edificio. Pero no era aquel nuestro camino. Volvimos á un lado y entramos en una verdadera red de corredores de menor importancia, y durante nuestra marcha pasamos por algunas habitaciónes pequeñas y vacías.

Entramos por fin en un aposento grande y hermoso. Digo hermoso, á pesar de que estaba completamente desnudo y sin más muebles que una mesa en uno de sus ángulos. Pero eran sus proporciones tan grandes, tan elegante su estructura, que, aunque mis ojos no estaban acostumbrados á discernir las bellezas arquitecturales, experimenté un extraño sentimiento de satisfacción.

Dos jóvenes estaban sentados en la mesa del ángulo, copiando ó dibujando; no podía distinguir bien lo que hacían. Sea como fuera, vi que estaban muy ocupados, y me maravillé de que apenas si levantaron sus cabezas al observar nuestra entrada. Pero, una vez dentro, vi que tras de una de las grandes proyecciones de piedra del muro permanecía sentado un anciano sacerdote, de blanca vestidura, con su mirada fija en un libro que permanecía sobre sus rodillas.

No se hizo cargo de nuestra presencia hasta que mi guía llegó frente á él y le saludó, inclinándose respetuosamente.

—¿Un nuevo discípulo?—dijo, y me miró fijamente con sus ojos pequeños y semi-apagados.—¿Qué es lo que puede hacer?

-No mucho, me figuro—dijo mi guía, hablando de mí con cierto tono de desprecio.—No ha sido más que pastor.

—¡Un pastor!—repitió á manera de eco el anciano sacerdote —Entonces, aquí no va á servir de nada. Mejor ocupación encontrará en el jardín. ¿Has aprendido á dibujar ó á copiar manuscritos?—me preguntó.

Me habían enseñado estas cosas hasta el punto en que era posible; pero semejantes habilidades eran cosa rara fuera de los colegios sacerdotales y de las reducidas clases ilustradas no pertenecientes al sacerdocio.

Miró mis manos el anciano sacerdote, y volvió á fijar los ojos en su libro.

—Tiene que aprender durante cierto tiempo—dijo;—pero ahora me encuentro en exceso ocupado para enseñarle. Más bien necesito quien me ayude en mi trabajo; pero como estos escritos sagrados tienen que ser copiados ahora, no tengo tiempo para enseñar al ignorante. Llévale al jardín un rato, y ya veré de ocuparme de él.

Volvióse mi guía, y salió de la habitación. Y con una mirada postrera á aquéllos y á aquella hermosa estancia, le seguí.

Le seguí á lo largo de un pasadizo largo, muy largo y obscuro, pero de ambiente fresco y agradable. Al final había una reja en lugar de puerta, y allí mi guía hizo sonar con fuerza una campana.

Esperamos en silencio después de haber llamado. Nadie acudía; mi guía volvió á llamar; pero yo no tenía ninguna prisa. Con mi cara apoyada en las barras de la reja, contemplaba un mundo tan mágico, que me dije para mí mismo: «¡No me vendrá mal que al sacerdote de mirada apagada no se le ocurra llamar y me deje en el jardín un rato!»

Mucho calor y mucho polvo habíamos tenido desde nuestra casa á la ciudad, y en ella, las calles empedradas habían molestado de un modo extraordinario mis pies, acostumbrados al campo. Ya en el recinto del templo había pasado solo por la gran avenida, en la cual todo me causaba un temor tan profundo, que apenas me atrevía á levantar los ojos. Mas ahora se desplegaba ante mí un mundo de gloria y de delicadeza que me daba ánimos. Jamás había visto yo un jardín como aquél. Verde, de un verde obscuro; oíase el ruido del agua al chocar con los obstáculos que se oponían á su paso, pronta á servir al hombre y á refrescarle en medio del calor abrasador que evocaba aquella esplendidez de colores y aquella exuberancia de formas en el jardín.

Por tercera vez sonó la campana; y entonces vi venir, por entre las

grandes hojas verdes, una figura vestida de negro. ¡Cuán extraño hacía; ¡Cuán fuera de lugar estaba allí aquella túnica negra! Y pensé, presa de la mayor consternación, que no tardaría tampoco mucho en verme vestido con el mismo traje, y que andaría errante á través de las voluptuosas bellezas de aquel recinto mágico á manera de una criatura escapada de una esfera de tinieblas.

Acercóse la figura, rozando con sus ropas ordinarias el delicado follaje. Con súbito interés contemplé la faz del hombre que ya se hallaba cerca, y á cuyo cargo suponía que iba á quedar confiado. Y á la verdad que bien podía hacerlo, pues era una cara para despertar interés en cualquier pecho humano.

Capitulo II

—¿Qué sucede?—preguntó el hombre con cierto tono de queja al mirarnos á través de la reja.—Ya he mandado esta mañana fruta á la cocina, y de sobra. No puedo daros hoy más flores: todas las que quedan por coger se necesitarán para la procesión de mañana.

—Para nada necesito ni tus frutas ni tus flores—contestó mi guía, que parecía aficionado á adoptar un tono altanero.—Te he traído un nuevo discípulo, y á eso se reduce todo.

Abrió la reja, me hizo señal de que pasase, y cerrándola tras de mí, echó á andar corredor abajo (el cual, mirado desde el jardin, parecía muy obscuro) sin decir una palabra.

—¡Un nuevo discípulo para mí! ¿Y qué puedo yo enseñarte á ti, hijo del país?

Miré en silencio á aquel hombre extraño. ¿Cómo podía decirle yo lo que tenía que enseñarme?

—¿Son los misterios del crecimiento de las plantas los que tienes que aprender? ¿Ó los misterios del desarrollo del pecado y del embuste? No, niño, no me mires así; pesa mis palabras, y poco más ó menos las comprenderás. Ahora vente conmigo y no temas.

Cogióme de la mano y me condujo por en medio de plantas frondosas de grandes hojas hacia donde se oía el murmullo del agua. ¡Cuán exquisito resultaba para mis oídos aquel ritmo suave, puro y musical!

—He aquí la mansión de Nuestra Señora el Loto—dijo.—Siéntate y contempla su belleza mientras yo trabajo, pues tengo muchas cosas que hacer, en las cuales no puedes ayudarme.

A la verdad que no tenía ningún inconveniente en echarme sobre el verde césped, para mirar tan sólo... para mirar con asombro... maravillado... lleno de temor...

Aquella agua, aquella agua cuya voz era tan dulce, vivía sólo para alimentar á la reina de las flores. Y yo, para mí mismo, dije: Tú eres, á la verdad, la reina de todas las flores imaginables:

EL LOTO BLANCO

Y al fijar mi mirada soñadora, en mi entusiasmo juvenil, sobre aquella blanca flor que, con su corazón suave polvoreado de oro, me parecía el emblema mismo del amor romántico y puro; al contemplar la flor parecióme que cambiaba de forma, parecióme que se extendía, que se levantaba hacia mí. Y he aquí... bebiendo en la corriente del agua de sonido dulce, vi á una mujer, de tez maravillosa, cuyos cabellos eran como polvo de oro, llevando á sus labios sus gotas refrigerantes. Lleno de asombro la contemplaba yo y traté de dirigirme hacia ella; pero antes de que pudiera hacer esfuerzo alguno, perdí por completo la conciencia de mi mismo, y supongo debí quedar desmayado. Pues, á la verdad, lo único que después recuerdo es que me sentí tendido sobre el césped, con la sensación de frialdad del agua sobre mi cara; y abriendo los ojos entonces contemplé al jardinero, de faz extraña y negra túnica, inclinado sobre mí.

—¿Acaso es excesivo el calor para ti?—preguntó perplejo y con el ceño fruncido. —Me pareces un muchacho muy robusto para que te desvanezcas con el calor, y mucho más en un sitio fresco como este.

¿En dónde está ella? fué mi única contestación, al intentar incorporarme apoyándome sobre el codo, mirando en dirección del estanque del lirio.

—¡Qué!—gritó el hombre; su aspecto cambió por completo, tomando una expresión de dulzura tal, que jamás hubiera podido sospechar apareciera sobre una faz tan naturalmente fea. —¿La has visto tú? Pero no: es una ligereza mía el suponer... ¿Qué has visto, niño? No vaciles en decírmelo.

La dulzura de su expresión contribuyó á que mis sentidos perturbados y atónitos volvieran en sí mismos. Contéle lo que había visto, y mientras hablaba miré hacia el estanque del lirio, esperando, á la verdad, podría quizá detenerse otra vez aquella mujer hermosa á apagar su sed en el arroyo.

La actitud de mi extraño preceptor fué cambiando gradualmente á medida que le hablaba. En cuanto concluí de describirle á la mujer hermosa con el entusiasmo de un muchacho que no ha visto nunca más que á las de su propia raza de piel obscura, cayó él sobre sus rodillas junto á mí.

—¡Tú la has visto!—dijo con voz que revelaba excitación profunda. —Que todo te aclame, porque estás destinado á ser un maestro entre nosotros, un amparo para el pueblo: ¡eres un vidente!

Confundido por palabras semejantes, no hacía más que contemplarle en silencio. Un momento después entróme gran temor, pues empecé á pensar si se habría vuelto loco. Dirigí una mirada en torno mío, para ver de huir hacia el templo y escapar de él. Pero mientras me hallaba discutiendo conmigo mismo acerca de si me aventuraría á ello, levantóse, dirigiéndose á mí con sonrisa singularmente dulce, que parecía cubrir y ocultar con un velo la fealdad de sus facciones fuertemente pronunciadas.

—Ven conmigo—dijo.

Me levanté y le seguí. Atravesamos el jardín, el cual rebosaba de tantas atracciones para mis ojos inquietos, que me quedaba rezagado detrás de él. ¡Ah! ¡qué flores tan delicadas, qué púrpuras tan espléndidas, qué carmesí tan caliente y vívido! Difícil era para mí el no detenerme á cada paso para respirar el perfume suave de cada una de aquellas flores admirables, si bien me parecían, en razón de mi tan reciente adoración de su belleza, que reflejaban tan sólo la delicadeza suprema y exquisita de la flor del loto blanco.

Nos dirigimos hacia una puerta del templo, diferente de aquella por la cual habíamos entrado en el jardín. Al aproximarnos salieron por ella dos sacerdotes, cubiertos con las mismas blancas vestiduras de lino que había visto al sacerdote Agmahd, el de la barba dorada. Aquellos hombres eran de tez obscura; y á pesar de que en sus movimientos se reflejaban un equilibrio y una firmeza similares, como si constituyesen los dos el desarrollo que más sólidamente arraigado existiese en la tierra, sin embargo, les faltaba, á mis ojos, algo que el sacerdote Agmahd poseía, una cierta perfección en su calma y seguridad mismas.

Pronto vi que eran más jóvenes que él; quizás á esto era debida la diferencia. Mi preceptor de negra faz se los llevó á un lado, dejándome solo entre las sombras agradables del elevado vestíbulo abovedado. Con excitación les habló, si bien con evidente respeto, al paso que ellos, oyéndole con vivo interés, fijaban sus ojos en mí con frecuencia.

En seguida dirigiéronse hacia mí, y el hombre de túnica negra se marchó, y andando sobre el césped, se volvió al punto del cual juntos habíamos venido. Los sacerdotes blancos hablaban en voz muy baja, á medida que avanzaban bajo el vestíbulo. En cuanto llegaron á mí me dijeron les siguiese, y así lo hice, pasando á lo largo de corredores frescos de techo elevado, y mirando tontamente, según mi frívola costumbre, todo cuanto encontraba á mi paso, mientras que ellos seguían andando delante de mí, hablando en baja voz y lanzándome miradas una y otra vez, cuya significación no podía yo comprender.

Salieron por fin de los corredores y entraron en una gran estancia, semejante á la que había visto ya, y en la cual el anciano sacerdote instruía á sus copistas. Ésta hallábase dividida por una cortina, cubierta de bordados, que caía en pliegues majestuosos desde el elevado techo al pavimento. Siempre he amado las cosas bellas, y vi entonces que al tocar el suelo se mantenía firme con la rigidez propia de las ricas labores de oro que la cubrían.

Adelantóse uno de los sacerdotes, y separando un poco uno de los bordes de la cortina, le oí decir:

—Señor, ¿puedo entrar?

Empecé á temblar un poco otra vez. No me habían parecido ellos faltos de bondad para conmigo; pero, ¿cómo podía yo conjeturar la prueba á que quizá me iban á someter? Con temor fijé los ojos en la hermosa cortina, y con cierto natural pavor sentía un presentimiento referente á quién podía estar tras de la misma.

No tuve tiempo de temblar mucho ni de sentirme atemorizado ante lo que desconocía. Al poco rato salió el sacerdote que ya había entrado, y vi que le acompañaba Agmahd, el sacerdote de barba dorada.

No me habló, pero les dijo á los otros:

—Esperad aquí con él, mientras voy á ver á mi hermano Kamen Baka.

Y diciendo esto nos dejó de nuevo solos en el gran salón de piedra.

Aumentaron mis temores de un modo extraordinario. Con sólo que el altivo sacerdote me hubiese lanzado una mirada bondadosa, no hubiera sucumbido á ellos; pero de nuevo me encontraba sumido en vagos terrores acerca de lo que podía sucederme, y me encontraba débil además á consecuencia del desvanecimiento que acababa de sufrir. Temblando me senté en un banco de piedra, corrido en torno de la sala, mientras los dos sacerdotes de negra cabellera continuaban hablando.

Temía que la espera no volviese á sumirme otra vez en la inconsciencia; pero súbitamente la entrada de Agmahd, acompañado de otro sacerdote de muy noble aspecto, volvió á despertar en mí las dudas y contingencias en lo referente á mi situación. El que había entrado con Agmahd era de blanco cutis y hermosa cabellera, pero no como Agmahd; compartía con él la inmovilidad altiva de su aspecto, que era lo que hacía que Agmahd me inspirase el temor más profundo, y en sus negros ojos brillaba una benevolencia que no había observado todavía en ninguno de los demás sacerdotes. Me sentí menos atemorizado al mirarle.

—Este es—dijo Agmahd con su voz fría y armoniosa.

Maravilléme al oir hablar así de mí. Yo no era más que un nuevo novicio, y había sido entregado ya á mi preceptor.

—Hermanos—exclamó Kamen Baka,—¿no será lo mejor que se le cubra con la blanca vestidura del vidente? Conducidle á los baños, bañadle y ungidle. Después, yo y mi hermano Agmahd, le vestiremos la blanca túnica. Le dejaremos para que repose, mientras damos cuenta de ello al capítulo de los grandes sacerdotes. Volvedle aquí en cuanto concluya el baño.

(Se continuará)

CUESTIONARIO

Pregunta 1.ª—*The Vâhan* (Septiembre 1899).

Q.—¿Hasta qué punto es razonable considerar á *La Doctrina Secreta* como un libro «inspirado»?

(En contestación á la anterior pregunta reproducimos lo siguiente, que tomamos de las notas relativas al artículo «Watch-Tower», insertas en el número de Agosto de *The Theosophical Review*.—Ed.)

A. B.—El intento llevado á cabo por algunos mal aconsejados Teosofistas para presentar este libro, verdaderamente maravilloso y magnífico, como una revelación inspirada, dictada por los venerados Maestros, exacto en todos sus detalles y libre de errores, es impremeditado á la par que perjudicial. Contiene un número extraordinario de verdades ocultas, aprendidas por H. P. B. de sus grandes Instructores, y jamás podremos agradecerle demasiado los desinteresados y laboriosos esfuerzos que ella hizo para presentar integras al mundo esas verdades. Cuanto más uno se

instruye, tanto más se extasía en el vasto campo de su sabiduría, la viveza de sus conocimientos profundos y su vigor para asimilarse profundas y obscuras verdades. Pero á menudo, en su humildad, apoya sus propios informes con una masa de citas de escritores de menos valía, escogidos al azar; cuando trata puntos de importancia secundaria, habla con frecuencia apresuradamente y sin cuidado, y además hace confusas sus enseñanzas con digresiones excesivas. Pero en cuanto á éstas, podemos aún recordar sus propias palabras: «Esperamos que se comprenderá que sólo el deseo de conseguir esto (el de justificar á la Antigua Sabiduría), es lo que ha conducido á la escritora á presentar constantemente testimonios antiguos y modernos al objeto de corroborar la existencia del Pasado arcaico y completamente prehistórico, y no atraerá sobre ella la acusación de haber confundido lastimosamente, sin orden ni método, los diferentes y grandemente separados períodos de la historia y de la tradición.» (II, 743.)

He aquí ahora su propia opinión acerca de su gran obra: «Ningún verdadero Teosofista, desde el más ignorante hasta el más instruído, debe pretender la infalibilidad para nada de cuanto pueda decir ó escribir sobre materias ocultas. De todos modos, el punto principal que se debe tener en cuenta con respecto á la clasificación de los principios humanos ó cósmicos, además de las equivocaciones que pueden deslizarse al referirse á la evolución, y muy especialmente al tratarse de cuestiones metafísicas, es que aquellos de entre nosotros que pretendemos enseñar á los que son más ignorantes que nosotros mismos, estamos todos sujetos al error. Así es que se han deslizado errores en *Isis Unveiled*, en *Esoteric Buddhism*, en *Man, Magic Black and White*, etc., y más de una puede hallarse también en la presente obra. Esto no puede evitarse. Para que una extensa ó aun limitada obra sobre estos asuntos abstrusos estuviera completamente libre de errores y faltas, debería ser escrita desde su primera hasta su última página por un gran Adepto, cuando no por un Avatara. Sólo entonces podríamos decir: «Esta es verdaderamente una obra perfecta y sin tacha.» Pero mientras el artista sea imperfecto, ¿cómo ha de ser perfecta su obra?» (II, 592.)

Tal es la propia opinión de H. P B. acerca de su obra. Ella es el más grande, el más fuerte y el más humilde de los instructores enviados de nuestros tiempos.

Pregunta 2.ª—*The Vâhan* (Septiembre 1899).

W. B.—¿Es de alguna utilidad la práctica del ascetismo para el progreso del estudiante de ocultismo?

C. W. L. La contestación á esta pregunta depende por completo del significado que su autor ha querido dar á la palabra ascetismo. Si se ha de tomar en el sentido de qué significa lo que algunos han venido en llamar «la mortificación de la carne», el hacer alguna cosa desagradable, sólo porque es desagradable, y sin referirse á ningún resultado ulterior que se espera producir (como, por ejemplo, el llevar cilicios), debo considerarlo como una cosa completamente inútil para el estudiante de ocultismo. Esas prácticas pertenecen á la misma categoría que las que ejecutan los faquires de la clase más inferior, los cuales se acuestan en una cama, de cuya superficie brotan clavos, ó sostienen su brazo en alto hasta que está seco y rígido como un palo; y si bien no cabe duda de que esto desarrolla el poder de la voluntad, también es cierto que ninguna ventaja produce al progreso general del individuo. La posesión de una mente sana en un cuerpo sano es la condición que debe desear el ocultista, y el ejercicio de su propio sentido común le demostrará pronto si una práctica especial tiende ó no á favorecer esa condición.

Por otra parte, si nuestro preguntante entiende que la palabra ascetismo significa vivir una vida pura y sencilla, absteniéndose de todas las cosas que pueden hacer al cuerpo impuro, tales como el alcohol, la carne ó el tabaco, entonces seguramente no sólo es útil y saludable al progreso, sino que es un requisito indispensable que debe adquirirse de antemano para el logro de cualquier clase de progreso oculto que se persiga. Si un hombre está todavía tan por completo bajo el dominio de los deseos inferiores que no se halla aún dispuesto para abandonar sus malos hábitos y vivir una vida casta y pura, no está, ínterin duren esas circunstancias, en condiciones para dedicarse á considerar seriamente sus probabilidades de progreso. Pero seguramente que el vivir una vida pura es una cosa muy natural para el hombre de rectos sentimientos, una vez ha sido puesto frente á frente de las realidades de la existencia, y, por lo tanto, la palabra ascetismo difícilmente puede aplicarse á semejante vida.

Existe una tercera posibilidad. Nuestro preguntante puede haber usado la palabra ascetismo en el sentido de castidad ó celibato, tal como muchos la entienden. Ciertamente que en este sentido es también deseable para el progreso oculto; pero esto sería igualmente una cosa natural para aquel que con toda sinceridad lo desea. Todo estudiante que en realidad

se proponga llevar al terreno de la práctica algo que tenga relación con todas esas materias inferiores y externas, debe llevar una vida física tan pura y casta como le sea posible, antes de pensar en presentarse como aspirante á algo que pueda realmente ser digno de llamarse verdadero progreso oculto.

Pregunta 3.ª—*The Vâhan* (Septiembre 1899).

S. A. N.—¿Cómo podemos ayudar á aquellos que nos han dejado? ¿Es rogando á Dios por ellos en alguna forma? Y al pensar en ellos y lamentar su pérdida, ¿les hacemos bien ó mal?

A. A. W.—Es sensible, pero es necesario decirlo: el pesar que nos produce la desaparición de nuestros amigos; el pensamiento egoista por la pérdida que hemos sufrido, en vez de regocijarnos de que ellos hayan recobrado la libertad; y el deseo de volverlos á lo que inconsideradamente llamamos «este valle de lágrimas», todo igualmente les causa perjuicio: á menudo serios perjuicios. Antiguamente nadie ignoraba esto; apenas si existe una sola mitología ó creencia popular que no posea su símbolo acerca de este «río de lágrimas», el obstáculo más difícil de vencer que halla la pobre alma á su paso por el camino que conduce á la mansión del reposo. Gentil ó cristiano, todo es lo mismo; sólo últimamente, los Cristianos Protestantes se han acostumbrado á pensar y hablar (como hace el preguntante) del estado después de la muerte como de «lo desconocido», y rechazan por completo la antigua sabiduría como una invención. En su deseo de purificar su religión, han arrancado una buena parte del buen grano junto con la zizaña, resultando con ello que las tinieblas se han apoderado de su entendimiento, mientras que el despreciado «gentil» va gallarda y gozosamente á morar con los Dioses. No os pedimos que olvidéis á vuestros muertos; sólo os recordamos que con vuestros pensamientos podéis ayudarles en su camino, ó atraerlos de nuevo, estorbando así su reposo. Elegid lo que queráis; si los amáis más que á vosotros mismos, entonces emplead todos vuestros esfuerzos para ayudarles á seguir adelante, en vez de pensar en volverlos á la tierra. Si esta ayuda os es más fácil prestársela en forma de oración dirigida á Dios, no hay en ello inconveniente alguno. Sin embargo, no creáis que vuestra oración pueda servir como medio de intercesión á su favor, ó cosa parecida. Sea cual fuere la Potencia que vuestras oraciones alcancen, de una cosa podéis estar seguros, á saber: que *Ello* ama y desea ayudar aún más ardientemente que lo hacéis vosotros mismos á aquel que es el objeto de

vuestro amor. Esto le es difícil de creer á un cristiano. Todo lo que sea hablar de Expiación, de los méritos de la sangre vertida por Jesús ó algo parecido, no es más que una blasfemia contra el Amor Infinito, que envuelve al alma en su partida, para que «no penetre en la conciencia del hombre» la humillante idea de que se le ha perdonado, y mucho menos que ha conseguido este « perdón » por medio de oraciones, pues nuestro bien amado se bañará en la inconmensurable felicidad del amor y de la luz tan pronto como su naturaleza terrena se lo permita, resultado que podemos ayudar á conseguir por medio de nuestras oraciones y buenos deseos. Tal es la creencia que la Teosofía puede ofrecer para consuelo de los afligidos.

O. C. — La idea de ayudar á los demás está rodeada de dificultades, bien sea con respecto á los que todavía están con nosotros, ó ya se refiera á aquellos que suponemos nos han «abandonado». Con respecto á estos últimos, la idea nos parece mucho más difícil, si, á despecho de nuestros estudios Teosóficos, persistimos en considerar al cascarón externo del cuerpo físico, como creando una barrera entre las individualidades (lo que antiguamente no sucedía) y por lo tanto, les hacemos menos capaces que antes de ayudarnos mutuamente. Seguramente que este fracaso nos concierne de cerca. ¿Cuáles son las ocasiones en las que realmente prestamos nuestra ayuda? No seguramente en las mil y una cosas que continuamente procuramos hacer en obsequio de los seres que nos son queridos; todo esto, por nuestra parte, no es más que el intento completamente inadecuado, para poner en acción á una fuerza que procede de nuestro interior: la fuerza del amor. Esta fuerza, fluyendo desde arriba, produce resultados en torno de todos los planos inferiores; pero en el superior, en el plano donde actúa, cuanto más directa es su acción, tanto más tiende su expresión á aproximarse á la realidad. Por lo tanto, cuando el cuerpo físico ha sido eliminado, el poder de ayudar permanece allí intacto, y durante este intervalo, debido á la ausencia del obstáculo, la respuesta puede ser mucho más completa.

El poder de ayudar aumenta en la medida que se consigue eliminar la «personalidad», y en la misma proporción que desaparece el sentimiento de «yo» soy el actor y el autor; así el canal por donde fluye esa fuerza Búddhica se hace cada vez más perfecto.

El hecho de que en el plano físico no seamos más aptos para ejecutar actos en beneficio de aquellos que nos «han dejado», no debería ni por

un momento conducirnos á la conclusión de que somos más pobres en nuestros poderes para prestar ayuda.

Al reflexionar acerca de estos problemas, cuanto más nos esforzamos en considerarlos desde el lado de la Vida como distinto del de la Forma, tanto menos nos inclinaremos á creer que nuestros conceptos Teosóficos nos priven de algo que nos pareció de interés vital cuando éramos todavía más ignorantes que ahora. Buen ejemplo de ello es la cuestión de la oración dirigida á Dios; nuestros estudios Teosóficos pueden habernos proporcionado una comprensión intelectual más clara del gran alcance que en el campo del ser representa la palabra Dios; pueden habernos enseñado á distinguir entre los diferentes aspectos de la oración, pero, sin embargo, solamente bajo el punto de vista de la idea intelectual pura y de una noción vaga de la importancia de la oración; con todo, si el amor desinteresado que sólo trata y piensa en servir, está pronto, el inferior es ofrecido al superior y se convierte en un canal por donde fluyen las fuerzas del superior. Aun cuando esta ayuda se preste de una manera definida en beneficio sólo de alguna individualidad especial, parece que en esto no existe nada que sea contrario á las ideas Teosóficas. Verdad es que existen grandes seres, cuya única misión es la de ayudar á la raza; pero todos los eslabones son necesarios en la cadena, y se nos proporciona la oportunidad de servir en un eslabón particular, lo cual constituye un privilegio que la mano de Karma ha colocado en nuestro camino.

El pensamiento que va acompañado del deseo de volverlo á la vida, y la pena que nos causa el no poderlo retener á nuestro lado, todo esto, teniendo por causa la ignorancia y el egoísmo, perjudica al ser á quien amamos y estorba su progreso. Así como el sacrificio antiegoísta de la pena personal podemos convertirlo en un poder que sirva de auxilio, de la propia suerte, con su indulgencia egoísta, podemos erigir barreras que lo anulen.

Aquellos que pueden observar, nos dicen que los que han pasado más allá de las fronteras de lo físico pueden sentirse, y se sienten, muy molestados por el pesar egoísta de los que permanecen en la tierra; en esto se basa la certidumbre de que está en nuestro poder el ayudarles, á menos que nos engañemos cuando afirmamos que el Amor es más grande que el Odio y que el fin de todo es el Bien.



BIBLIOGRAFÍA

ESOTÉRICAS. MISIÓN DEL ARTE, POESÍAS; *Brasil, Coritiba* 1900.

Hemos recibido un tomito de poesías *modernas* que el Sr. Darío Vellozo, entusiasta defensor del espiritualismo, acaba de publicar en el Brasil con el título precitado. El Sr. Darío Vellozo, que nos era conocido por sus trabajos filosóficos en la revista *Esphynge,* hásenos mostrado como poeta en su nueva obra. Sin perjuicio de que tratemos de ella, como es debido, en otra ocasión, diremos que es una muestra del resurgir de la buena literatura brasileña.

Entre los poetas brasileños y americanos en general, es cierto que hay no pocos que aún cantan la *selva,* el *ramaje,* la *perdida fe* y demás lugares comunes á la seudoliteratura, pero también es cierto que los hay estudiosos y cultivadores de un arte exquisito y novísimo. Ejemplo de éstos es el Sr. Vellozo. Estudiante de algunas ramas del Ocultismo, no ha podido menos de reflejarlo en sus poesías altamente sugestivas.

Mucho nos agrada aquí en España, donde tal vez *Esotéricas* fuese tratada de literatura *malsana* por la vieja crítica de oficio, ver que nuestros hermanos de América cultivan con resultado las nuevas tendencias literarias.

Continúe el Sr. Vellozo por el emprendido camino y desdeñe como hasta hoy el arte de los viejos ideales. Y de paso rectifique de la tendencia que en su *Misión del arte* manifiesta hacia el Ocultismo marcadamente *francés.* El Ocultismo es un movimiento universal y transcendentalísimo que no puede estrecharse en escuelas ni sectas.

V. D.-P.

Imp. y Lit. de J. Palacios. Arenal, 27.